

EVELYN SKYE

EL JUEGO DE LA
CORONA



Traducción del inglés

Marta Torres Llopis

 NOCTURNA
EDICIONES

Título original: *The Crown's Game*

Publicado en Estados Unidos por Balzer & Bray, un sello de Harper Collins

© de la obra: Evelyn Skye, 2016

© de la traducción: Marta Torres Llopis, 2017

© de la presente edición: Nocturna Ediciones, S.L.

c/ Corazón de María, 39, 8.º C, esc. dcha. 28002 Madrid

info@nocturnaediciones.com

www.nocturnaediciones.com

Primera edición en Nocturna: febrero de 2017

Preimpresión: Elena Sanz Matilla

Impreso en España / *Printed in Spain*

Imprenta Kadmos, S.C.L.

IBIC: YFB

ISBN: 978-84-945277-7-7

Depósito Legal: M-2262-2017

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

*Para Reese:
eres la razón por la que creo en la magia.*



El Juego de la Corona es antiguo, más antiguo que el propio zarato. Empezó hace mucho, en tiempos de Rurik, príncipe de Nóvgorod, cuando Rusia todavía era un cúmulo de tribus, joven y salvaje y sin ley. A medida que el país maduró a lo largo de los siglos, también lo hizo el Juego. Pero siempre, siempre conservó su atroz encarnizamiento.

Al ganador le esperaba un poder inimaginable.

Al perdedor, un sombrío olvido.

En el Juego de la Corona, la derrota no era una opción.



CAPÍTULO 1

Octubre de 1825

El olor a azúcar y levadura recibió a Vika incluso antes de entrar en la tienda con forma de calabaza de la calle principal del pueblo. Resistió el impulso de irrumpir en la panadería Cenicienta —su padre había bregado durante dieciséis años para enseñarle a ser comedida— y, cuando se deslizó en el interior, se situó al final de la cola de mujeres de mediana edad sin hacer ruido.

Una de ellas se volvió para saludarla, pero se retrajo al ver que era Vika, como siempre hacían todos. Era como si sospechasen que lo que corría por sus venas no fuera sangre como en los demás, sino algo más caliente y volátil que quemaría a quien se le acercara demasiado. Su cabello indomable y pelirrojo, con una franja negro azabache en el centro, probablemente tampoco ayudara a tranquilizar a las mujeres. Lo único «normal» en ella era su ropa: su precioso (aunque arrugado) vestido verde, que su padre se había empeñado en que llevara cada vez que iba al pueblo —aunque sin la horrible cinta amarilla que le apretaba demasiado la cintura, la cual había «perdido» en el arroyo de Preobrazhenski—.

Vika le dedicó una sonrisa a la mujer, aunque le salió un poco petulante. La señora resopló ante la insolencia y luego se volvió otra vez hacia la cola.

Vika se concedió ahora una sonrisa totalmente presumida.

Cuando todas las mujeres de la cola fueron despachadas y huyeron de la panadería —«huido de mí», pensó la chica, encogiéndose de hombros—, Ludmila Fanina, la rolliza panadera de detrás del mostrador, la atendió.

—*Privet*, querida Vi-kaa. —Ludmila prolongó su nombre como en una ópera. Ella era la única de la isla de Ovchinin (junto con su padre) que la miraba a los ojos. La panadera continuó cantando—: ¿Cómo estás esta magnífica mañana?

Vika aplaudió y Ludmila se balanceó con una torpe reverencia. Se dio contra una bandeja de galletas *oresbki* y las nueces garrapiñadas oscilaron en el borde del mostrador. Típico de Ludmila. Vika lanzó un furtivo conjuro a la bandeja para que conservara el equilibrio.

—*Ochen kharasho, spacibo* —dijo después.

«Estoy muy bien, gracias». Hablaba en ruso, a diferencia de los aristócratas de San Petersburgo, que preferían el «más sofisticado» francés. Su padre podría haber sido de la nobleza (barón Serguéi Mijailovich Andréiev, para ser exactos), pero quiso que su hija se criara como una auténtica rusa: que cruzara a pie los bosques de abedules, que tañera la balalaika y que sintiera un fervor casi religioso por la *kasha* de alforfón con setas y mantequilla recién hecha. Por eso vivían en esa isla rural antes que en la capital imperial, porque Serguéi juraba que residir en la isla de Ovchinin los mantendría más cerca del corazón de su país.

—¿Y vos cómo estáis? —le preguntó a Ludmila.

—Oh, bastante bien, ahora que has traído un rayo de sol a mi tienda —comentó la panadera con voz normal—. ¿Lo de siempre para Serguéi?

—Pues claro. Es lo único que padre toma para desayunar.

Ludmila reía cuando trajo una hogaza Borodinski, el denso pan negro ruso que servía de alimento básico diario de Serguéi. Lo envolvió en papel de estraza, dobló las esquinas y lo ató con un cordel de algodón.

Vika pagó e introdujo el pan en su cesta, que contenía algunas salchichas de la carnicería y un tarro de pepinillos con eneldo de la tienda de comestibles de dos calles más abajo, por donde había pasado antes.

—Gracias —dijo ya a mitad de camino de la salida. Aunque adoraba a Ludmila, las paredes de la panadería eran muy gruesas y el aire, muy húmedo; era como permanecer en una sauna un par de minutos de más. Era mucho mejor estar fuera, donde no había límites a su alrededor—. Hasta mañana.

—Hasta luego, Vi-kaa —cantó la mujer al tiempo que la batiente puerta de la panadería se cerraba.

Vika tropezó al apresurarse por la estrecha y embarrada vereda que serpeaba por las colinas de la isla de Ovchinin y se adentraba en los bosques. Debía mantener una calma ensayada cuando estaba fuera, donde la gente podía verla, pero le resultaba difícil. Serguéi aseguraba que eso se debía a que era como un pequeño genio dentro de una botella demasiado pequeña para contenerla. «Un día crearé un mundo donde no existan las botellas», se dijo.

De momento, quería regresar con su padre y al reto que había concebido para ella. Al cruzar el perímetro del bosque, se inclinó

hacia delante, con los músculos relajados, como un caballo de carreras veterano en la línea de salida.

«Dos años más —pensó—. Dos años más de aprendizaje y mi magia tendrá el poder necesario para servir al zar y al imperio». Quizá para entonces su botella de genio imaginaria fuera al fin lo bastante grande.

Saltó por encima de leños y zigzagueó entre rocas cubiertas de musgo. Al cruzar el arroyo Preobrazhenski, que borboteaba como si tuviese que impartir su propia lección de celeridad, divisó a su padre sentado en un tronco. Tenía la túnica y los pantalones manchados de barro por haber pasado la mañana extrayendo raíces de valeriana. En su barba asomaban hojas. Y tallaba un trozo de madera. Jamás un barón se había asemejado tanto a un campesino. Vika sonrió.

—El pan huele de maravilla —advirtió Serguéi, y dirigió la nariz hacia la cesta.

Vika hizo una mueca.

—Tal vez os deje tomar algo a cambio de que empecéis mi lección.

—Dieciséis años y aún no has aprendido a tener paciencia. —Las risueñas arrugas de sus ojos se acentuaron, como si el arado hubiese ido derecho de su campo de hortalizas a su piel curtida.

—Confundís la impaciencia con el entusiasmo —le reprendió en broma—. Que sea la única maga del imperio no significa que me vaya a dormir en los laureles.

Él agachó la cabeza, aceptando su indicación.

—¿Has levantado el escudo?

—Por supuesto.

Vika llevaba ya una década recibiendo clases, desde que tuvo edad para comprender que los hechizos no eran sólo para divertirse,

sino también para servir a Rusia y al zar. Proyectar una barrera invisible alrededor del bosque antes de empezar la clase era algo que hacía de forma automática, sin pensar.

Aun así, miró por encima del hombro para asegurarse de que no hubiese ningún aldeano extraviado por la arboleda. Durante toda su vida, su padre le había repetido que habían quemado a gente por mucho menos de lo que ella era capaz de hacer. Y no le apetecía morir consumida por las llamas.

Pero hoy no había nadie en el bosque. Ese era otro motivo para que vivieran en ese bosquecito de la isla. La isla de Ovchinin no tenía más que unos centenares de habitantes y todos vivían en la parte llana, cerca del puerto. Ahí arriba, en las colinas, sólo estaban Serguéi, un afable científico obsesionado con las plantas medicinales, y Vika, su cariñosa (aunque no del todo obediente) hija.

—Muy bien —añadió su padre—. Ahora quiero que generes una tormenta eléctrica. No hace falta lluvia, sólo rayos. Y que apunten a ese árbol. —Señaló un abedul a seis metros de distancia.

—¿Por qué?

Él negó con la cabeza, aunque le brillaban los ojos.

—Sabes que no debes preguntar el porqué.

Era cierto. Él no iba a explicarle cuál era la lección. Eso echaría a perder la sorpresa. Además, a ella le gustaban las sorpresas.

Algo salió disparado de los arbustos, a su espalda. Vika se giró, con las manos preparadas para paralizar lo que quiera que fuese. Sólo era un faisán que corría a otro matorral —nada insólito y, desde luego, no se trataba del principio de la lección—. Se echó a reír y su voz resonó entre los escasos árboles blancos. Pero, cuando se volvió de nuevo hacia el tronco en el que había estado sentado Serguéi, estaba vacío.

—¿Padre?

Vaya. ¿Adónde había ido? Por otro lado, eso no se salía de lo corriente. Serguéi abandonaba a menudo el escenario de la clase para que resolviese las cosas por sí misma. Lo más probable era que se encontrase en algún lugar lejano, a salvo de su inminente tormenta de rayos.

A propósito, el rayo no iba a invocarse solo.

Vika depositó su cesto, alzó los brazos y se concentró en las partículas invisibles de electricidad del cielo. Estas revolotearon por todos lados como átomos de polvo estático, satisfechos de girar en el aire de manera espontánea. Pero eso no era lo que quería. «Juntaos —les ordenó—. Venid a jugar conmigo».

El cielo zumbó, y del azul claro brotó un chasquido ensordecedor que rompió el silencio. Vika se tapó los oídos al mismo tiempo que el rayo impactaba en el abedul, a seis metros de distancia, e incendiaba el tronco.

En cuanto la centella dio en el blanco, refulgió un alambre de plata. Estaba camuflado entre las hojas, pero, ahora que la electricidad corría por él, vio que el alambre conectaba el primer abedul a un círculo de otros quince. El fuego inicial se extendió tan rápido que parecía que el rayo hubiera alcanzado todos los árboles sin excepción.

Tal vez su padre no tuviera demasiada magia —era un mentor, no un mago, así que sólo dominaba conjuros y hechizos de pequeña envergadura—, pero era experto en armar complicadas trampas. Vika estaba rodeada de llamas y de un humo acre. Los troncos se tambalearon.

La joven sonrió. «Allá vamos».

Cuando uno de los árboles empezó a caer, empujó las manos hacia delante para forzar al viento a volverlo a enderezar. Eso habría funcionado si sólo se estuviera cayendo un árbol. Pero había unos quince abedules que escupían fuego y ceniza y se desplomaban sobre ella demasiado rápido como para revertir el movimiento de todos.

«Qué hacer, qué hacer...».

Los árboles estaban casi encima.

«¡Agua! ¡No, hielo!».


Se arrojó al suelo y agitó un brazo por encima de la cabeza, generando una bóveda de hielo a su alrededor. Temblaba a medida que, uno tras otro, los árboles se estampaban contra su escudo y lanzaban esquirlas de hielo, que se le clavaban en el cuello y en la espalda. Por el corpiño de su vestido corrían rojos regueros de sangre. Vika apretó los ojos con fuerza.

El ígneo ataque parecía durar una eternidad y, aun así, ella permanecía en su posición. Por fin, el último tronco se estrelló contra su escudo de hielo, la tierra se estremeció y el cielo dejó de tronar.

Su sonrisa era aún más brillante.



CAPÍTULO 2

erguéi permaneció sentado en una piedra cercana durante todo el tiempo que Vika estuvo agazapada bajo su escudo de hielo. De haber podido, la habría ayudado. Pero no podía. Formaba parte de su adiestramiento. Se enfrentaría a mayores peligros que este cuando se convirtiera en maga imperial.

Al cabo de cinco horas, Vika había conjurado el último de los quince árboles para levantar su refugio y el hielo se derritió. Surgió tiritando de un charco.

Chascó la lengua al ver a Serguéi.

—Padre, podíais haberme matado.

—Sabes que nunca haría tal cosa. Si lo hiciera, ¿quién me traería el pan de la panadería todas las mañanas?

—Bueno, la broma la pagáis vos, porque ya es mucho más de mediodía y dejasteis el pan conmigo. —Le guiñó un ojo al tiempo que rebuscaba en su cesta y le lanzaba el pan congelado.

Él lo descongeló mientras iba por el aire y estuvo calentito en el instante de atraparlo.

—Sabes que no haría nada que pudiera matarte, pero el zar no está buscando a alguien que haga trucos de salón. Sí, habrá bailes de

máscaras y cenas de gala para los que te hará falta tu aptitud estética. Pero también habrá política y traiciones y guerra.

En la cara de Vika afloró una sonrisa.

—Un poco de peligro nunca me ha detenido. —Inclinó la cabeza hacia los restos carbonizados de la hoguera—. De hecho, hace que desee aún más ser maga imperial.

Serguéi meneó la cabeza y rió.

—Lo sé. Eres impulsiva y prefieres las cosas que suponen un desafío, igual que tu madre. Nada es demasiado disuasorio para ti, Vikochka.

Al oír el apodo, Vika arrugó la nariz. Lo encontraba demasiado tierno ahora que era mayor, pero Serguéi no podía evitarlo. Todavía se acordaba de cuando era bebé, tan pequeña que cabía en el hueco de sus manos.

Cuando era más joven, Vika lamentó a veces no contar con otros niños mágicos con los que jugar. Sin embargo, rehusó aquello enseñada porque Serguéi le había explicado que eso la hacía especial, y no sólo en Rusia. La mayor parte del mundo se había olvidado de la magia y, en consecuencia, los magos se habían vuelto escasos. Se rumoreaba que en Marruecos había un mago, ya que el sultán era un protector de las viejas costumbres. Aunque, en realidad, era quien, aparte del zar, trataba de mantener su propia fe escondida en el misticismo. Creer en lo «oculto» era una responsabilidad política. Además, ocultar el hecho de que tenía un mago imperial permitía al zar disponer de un arma secreta frente a sus enemigos. No es que fuese infalible. Los magos imperiales seguían siendo humanos, como demostró veinte años atrás la inesperada muerte del anterior, Yakov Zinchenko, en la batalla contra Napoleón en Austerlitz.

Una vez, cuando Vika tenía seis años y acababa de empezar su formación, le preguntó a Serguéi por qué no era el mago imperial.

—Mi magia es demasiado pequeña —le respondió él, lo cual era verdad, aunque sólo en parte. Se calló el resto, un secreto que guardaba para sí y que esperaba que ella no llegara a saber nunca.

—¿Y mi magia es grande? —inquirió, abstraída.

—La más grande —dijo Serguéi—. Y te enseñaré lo mejor que pueda para que llegues a ser la maga más extraordinaria de todos los tiempos.

Ahora, diez años después y cien veces más poderosa, preguntó:

—¿Os preocupa que no esté preparada para ser maga imperial? Serguéi suspiró.

—No... Yo no he dicho eso. Sólo quería decir..., bueno, quiero mantenerte aquí, en la isla de Ovchinin. Por motivos egoístas. Prefero no compartirte con el zar.

—Oh, padre. Sois un huraño barbudo por fuera, pero un blando por dentro. Un blando maravilloso y sentimental. —Sonrió igual que cuando era pequeña, con ojos grandes e inocentes. Es decir, todo lo inocentes que era posible en ella.

Serguéi cruzó la embarrada parcela de bosque que los separaba y la rodeó con los brazos.

—No te envidio. Ser la maga del zar es una profesión onerosa. Prométeme que seguirás siendo mi traviesa Vikochka, traiga lo que traiga el futuro.

—Os lo juro. —Vika tocó con un dedo el dije de basalto que llevaba colgado del cuello.

Era algo que solía hacer cuando hacía promesas inquebrantables, porque jurar sobre el colgante de su difunta madre parecía prestar

solemnidad a todo compromiso. También era un poco teatral; le gustaba su propio melodrama. Aun así, Serguéi sabía que las pocas promesas que había hecho sobre el colgante las había cumplido siempre con absoluta seriedad.

—Pero sabéis —continuó ella mientras se apartaba de su abrazo— que no me importa dejar la isla de vez en cuando. O de forma definitiva.

—A mí no me gusta San Petersburgo —replicó su padre.

—¿Y Finlandia? No está lejos.

—El gran duque de Finlandia no me inspira el menor interés.

—Podría interesarme a mí.

—Estoy seguro de que harás infinidad de viajes cuando seas maga imperial, pero mi tiempo contigo es limitado. Complace a un anciano y quédate a mi lado en la isla un poco más. Sólo faltan siete estaciones para que cumplas dieciocho.

Vika se mordió el labio. Serguéi aspiró hondo. Conocía ese brillo de sus ojos; cuando tienes una hija maga, a menudo los desacuerdos se vuelven más expresivos que las meras palabras.

De pronto, las hojas rojas y anaranjadas que los rodeaban cayeron balanceándose al suelo del bosque y el otoño se fue. Acto seguido, se posó una capa de nieve sobre las desnudas ramas. Un momento después, se derritieron los carámbanos, brotaron capullos de flores de la tierra húmeda y se abrieron con todo su perfume. Fueron reemplazadas enseguida por la exuberante vegetación del verano. Y surgió de nuevo el otoño. Y el invierno. Y la primavera. Todo ello en menos de un minuto.

—Parece que han pasado siete estaciones —observó Vika.

Serguéi se cruzó de brazos a la altura del pecho.

—Vikochka.

—Oh, de acuerdo. —Cambió la estación para que regresase el otoño normal. Las hojas de los abedules eran doradas de nuevo.

—¿De verdad te resulta tan insoportable estar aquí conmigo?

—No, por supuesto que no, padre. Yo sólo...

—Te pondré más a prueba en tus lecciones.

Vika se animó.

—¿De verdad?

—Cuantas veces deseas.

—Quisiera ser una amenaza para quien ose crear problemas a Rusia.

—Ya eres una amenaza.

Vika le dio un beso en la mejilla.

—Entonces, conviérteme en una más grande.



CAPÍTULO 3

El reloj de bolsillo de Nikolái hizo clic al marcar las dos de la madrugada. Debería haberse ido a la cama hacía mucho, pero ahí estaba todavía, frente al espejo de tres hojas de su dormitorio, mientras una cinta métrica y varios alfileres revoloteaban a su alrededor diseñando una nueva levita. Para haber sido un huérfano regordete de la estepa kazaja, se había convertido en un apuesto joven. Tenía los ojos oscuros y fieros, la cara y el cuerpo de líneas afiladas, e incluso mostraba una fluidez imposible en la manera de moverse —de hecho, hasta en la manera de estar de pie— que resultaba incongruente con sus marcados contornos y una parte inseparable de su ser. Era una suerte de elegancia perturbadora que no solía verse en un joven de dieciocho años.

La ropa que se confeccionaba era, por supuesto, necesaria para vivir en el centro de la capital. Siempre había alguna invitación para almorzar o para una partida de cartas o para ir al campo de caza. Nikolái había tenido que arreglárselas por sí mismo en cada uno de estos ámbitos, ya que su mentora y benefactora, la condesa Galina Zakrevskaya, no estaba dispuesta a gastar un solo kopek en él, en unas botas nuevas o una escopeta adecuada para la caza del

urogallo, y mucho menos en clases de baile, a pesar de que los amigos de la mujer consideraban de buen gusto invitar a su hospiciario a los bailes que daban.

Y así, Nikolái había aprendido a hacer trueques. Repartía los encargos de los sastres de Bissette e Hijos a cambio de piezas de tela. Afilaba espadas para un teniente del ejército a cambio de clases. Servía como asistente no remunerado a *madame* Allard, la profesora de baile de todas las debutantes; como resultado, aprendía a bailar con las muchachas más hermosas de la ciudad. Nikolái sabía que por lo menos valía tanto como los jóvenes de noble cuna de la capital y se negaba a dar a nadie una excusa para probar lo contrario.

Por tanto, pese a que no *pertenecía* a la sociedad de San Petersburgo, estaba *dentro* a su desacoplada manera. Entretanto, los estúpidos admiradores de Galina la alababan por su *caritas* y su talento para pulir un rudo pedrusco kazajo hasta darle el aspecto de una auténtica joya petersburguesa. Galina no los desengañaba.

En estos momentos, Nikolái se mantenía muy quieto mientras sus tijeras planeaban sobre la mesa de caoba al otro lado de la habitación, cortando un paño de lana negra. Indicó a las tijeras que hicieran una muesca en la solapa.

Antes de darles tiempo, Galina irrumpió en la estancia —a fin de cuentas, él vivía en su casa— y detuvo las tijeras en el aire.

—*Arrête*. —Lo dijo en francés, como la primera vez que la vio, cuando él era un niño y aún vivía en un poblado nómada en la estepa kazaja. El francés había sido un galimatías para él entonces, pero ahora era su segunda lengua y estaba orgulloso de hablarlo sin acento. En San Petersburgo, toda la aristocracia hablaba en francés.

Se desplazó de su posición frente a los espejos, donde la cinta de tela seguía revoloteando.

—Ni un paso más en las solapas —objetó Galina.

—Es que a mí me gustan con muesca.

—Eso es aceptable para levitas informales, pero esta debe ser de etiqueta. Y hazla cruzada.

Nicolái se mordió el interior del carrillo. Cuánto le gustaba negarle algo tan simple como unas solapas con muesca. No obstante, giró una mano en el aire para transmitir las nuevas instrucciones a sus tijeras. Estas cambiaron de posición y empezaron a cortar otra vez.

—La verdad es que no tenemos tiempo para esto. —Galina dio tres palmadas, lo que hizo tintinear las enjoyadas pulseras de sus muñecas, y el paño de lana y las tijeras se desvanecieron.

—¡Hala!

—Vístete para salir y reúnete conmigo abajo en cinco minutos. Es hora de clase.

—Son las dos de la mañana.

Galina se encogió de hombros y salió flotando de la estancia.

Nicolái suspiró. Desde que su marido, el conde Mijaíl Zakrevski, antiguo héroe de guerra, murió seis años atrás, se había hecho más intratable que antes, si cabe. Así que no era casual que Nicolái se hubiese vuelto un poco taciturno. Había soportado la falta de clemencia de Galina durante un total de once años.

Contempló la cama. Sin su proyecto de levita, amenazaba con caerle encima una cortina de cansancio. Las almohadas entonaban un canto de sirena.

Podía negarse a cumplir la orden. Practicar a esas horas era inhumano. Pero, si desobedecía, tendría que marcharse; se le había dado

un lugar en la casa Zakrevski mientras fuera su aprendiz. Y no podía renunciar a eso, ya que estudiar con ella era su pasaje para llegar a ser algo más que un huérfano sin nombre. Algún día, podría llegar a ser el mago imperial.

No sería tan fácil como llamar a la puerta del Palacio de Invierno y solicitar el puesto. Bueno, lo habría sido si fuese el único mago de Rusia, pero habían nacido dos tras la muerte del último. Que hubiera dos magos al mismo tiempo era una anomalía, aunque no del todo inaudito. Igual que la Madre Naturaleza vulneraba de forma ocasional la norma, la magia rusa obsequiaba a veces al imperio con un par de magos en lugar de uno.

Pero había una solución para eso.

—Es un juego —le había explicado Galina cuando lo tomó bajo su tutela—. El único en el que gana la mejor magia.

Apenas tenía siete años cuando Galina fue a la estepa kazaja —la frontera entre Asia y el Imperio Ruso—, y no se parecía a ninguna de las mujeres que Nikolái hubiera visto nunca. Un elegante sombrero colocado con cuidado sujetaba sus rizos castaños. Un voluminoso vestido confeccionado con un iridiscente tejido carmesí centelleaba al ardiente sol del mediodía. Y unas absurdas botas de tacón alto parecían anunciar un inminente percance en el terreno irregular de la herbosa estepa.

Es decir, un percance si la mujer caminase de verdad. Nikolái retorció el bajo de su camisola mientras la examinaba. Se fijó en el área entre el terreno y la suela de sus diminutos pies y descubrió que había, en efecto, un espacio intermedio, aunque apenas de unos centímetros. Levitaba y tan sólo movía las piernas para crear la ilusión de que caminaba. Y lo hacía sin parecer consciente, como si el movi-

miento formase parte de ella desde hacía décadas. Nikolái sonrió y sacó pecho. Los demás chiquillos de la aldea no lo habrían percibido. Habrían pensado que la mujer era sobrenaturalmente grácil.

Cuando dejó de planear delante de él unos segundos después, se inclinó —aunque todavía en el aire— y le preguntó:

—*C'est toi que je cherche?*

Nicolái ladeó la cabeza y el oscuro flequillo le cayó sobre la cara. No entendía el lenguaje de la mujer.

Esta murmuró algo para sus adentros. A continuación, habló de nuevo, esta vez en un ruso vacilante, como si lo hubiera aprendido escuchando a otros, sin hablarlo.

—*Eto ti?* ¿Es a ti a quien busco?

Nicolái torció el gesto al oír su pronunciación.

—Soy la condesa Galina Zakrevskaya —añadió— y he venido a por ti. ¿Dónde están tus padres?

—Mamá murió cuando nací —respondió Nikolái sin pena. No la había conocido, así que no tuvo oportunidad de tomarle cariño—. Y mi padre también hace mucho que falleció.

Galina asintió, como si lo hubiese esperado así.

—Entonces, ¿estás completamente solo?

—Tengo la aldea. —Señaló el conjunto de pintorescas yurtas a su espalda, tiendas redondas decoradas con diseños de brillantes colores y tejidas en un arcoíris de rayas y zigzags.

—Dudo que les importe contar con una boca menos que alimentar —apuntó Galina.

Lo cual era verdad. Los aldeanos se lo habían cambiado por dos caballos y dos ovejas. Se alegraban de deshacerse del chico con poderes al que no entendían, al que consideraban un vástago del demonio.

Así que ahora, a pesar de que Nikolái refunfuñaba mientras echaba un vistazo a su reloj de bolsillo y al espacio donde acababan de estar las tijeras y la tela, sólo murmuraba la mitad de las maldiciones y juramentos para sí mismo. «No he venido desde la estepa para volver a ser un pastor de ovejas —pensaba—. Y no tengo la menor intención de seguir siendo el chico de los recados».

Ordenó a las puertas taraceadas con marfil de su armario que se abrieran y las ropas salieron volando a su encuentro. No sabía qué había planeado Galina, pero sí que necesitaba estar más que presentable. Ella era muy especial respecto a las apariencias, lo cual resultaba irónico, dado que nunca le había comprado ni siquiera un pañuelo. Era como si esperase que creara algo de la nada.

Tal vez fuera ese el propósito.

Nikolái chascó los dedos y un pañuelo negro se anudó con presteza a su cuello. A continuación, un chaleco de cachemira azul (que había hecho el mes anterior) se abotonó alrededor de su cuerpo. Para terminar, lo envolvió un frac negro. Sonrió con suficiencia al escoger uno con solapas con muesca porque, al diablo con Galina, eran las dos de la mañana y, si había algún momento lo bastante informal para las solapas con muesca, era a esas altas horas, entre el crepúsculo y el amanecer.

Ah, y un sombrero. No podía olvidarse la chistera.

Una vez vestido, golpeó la puerta con los dedos para abrirla. Se dirigió al salón en dos zancadas y, al no ver ni rastro de Galina, se deslizó por la sinuosa barandilla de madera hasta el primer piso. Al pie de la escalera, el reloj del abuelo marcaba cuatro minutos más de la hora. Nikolái cruzó presuroso la alfombra persa del salón, el recibidor —a oscuras, ya que las luces estaban apagadas— y salió por la puerta principal.

Galina ya estaba tabaleando con sus botas de tacón alto en lo que serían los adoquines, de haber tenido los pies en contacto con el suelo. Aunque, por supuesto, no era así. Galina siempre había pensado que el suelo estaba, tanto literal como figuradamente, por debajo de ella.

Arqueó las cejas al reparar en las solapas con muesca. Luego, después del escrutinio preciso para llevarlo al límite de la crispación, se giró de sopetón y se puso en marcha calle abajo, hacia el canal de Catalina, sin dar ninguna pista de adónde se dirigía ni qué pretendía hacer.

Nikolái maldijo para sus adentros una vez más y se apresuró a seguirla.



CAPÍTULO 4

Deambularon por calles iluminadas por ocasionales farolas, cuyos reflejos rielaban en el húmedo adoquinado. Galina condujo a Nikolái por delante de grandes mansiones con fachadas en tonos pastel y recargadas ventanas ribeteadas de blanco y oro, por puentes de piedra que cruzaban los numerosos canales de la ciudad —por los que San Petersburgo se había ganado el sobrenombre de la «Venecia del Norte»— y por grandes plazas vacías, salvo por las estatuas de bronce que custodiaban la noche. La oscuridad rodeó a Nikolái, que se ciñó más el abrigo. Volvió a pensar en su acogedora cama. ¿Adónde diablos le llevaba Galina?

Al final, llegaron a la puerta principal de la Biblioteca Pública Imperial, en la esquina de la avenida Nevski —el mayor bulevar de la ciudad y el más importante— con la calle Sadovaya. La biblioteca era un inmenso edificio de piedra pintada de azul pálido con blancas estatuas flanqueadas por columnas blancas. Albergaba tesoros nacionales y extranjeros, como la biblioteca personal de Voltaire. Dado que Galina no había querido pagar la inscripción de Nikolái en un gimnasio o en una academia militar, este, en sus ratos libres, se había formado por su cuenta entre esas mismas paredes. La Biblioteca Pú-

blica Imperial era uno de sus lugares favoritos de la ciudad. Y en ese momento, a las dos y media de la madrugada, el edificio le parecía más grande en cierto modo: destacaba como una sombra demasiado colosal para abarcarla.

—Por favor, decidme que no pretendéis que asalte la biblioteca.

Galina bajó la vista hacia él. Ahora levitaba a treinta centímetros del suelo, ya que a esas horas no había en la calle más que borrachos cuyas historias mañaneras de resaca nunca resultarían creíbles (lo cual volvía a plantear la pregunta de por qué Nikolái tenía que ir vestido con tanto esmero).

—¡Como si yo no respetase una institución nacional! —exclamó ella—. No, sólo quiero que reordenes algunos libros de su interior. Han sido descolocados.

—Reordenarlos... ¿ahora? ¿Desde fuera?

—Pues claro que ahora y que desde fuera. —Alzó las manos al cielo—. ¿Crees que estamos aquí porque quería un acompañante para pasear?

—Yo...

—El Juego empezará pronto. Puedes sentirlo, ¿verdad?

«¿Puedo?». Nikolái sacó la lengua como si saborease la diferencia en el aire. Y, de hecho, podía. Sabía a... canela. Con un toque a muerte.

Su estómago, que ya estaba revuelto por haberlo privado del sueño, descendió hasta las suelas de sus botas.

Galina continuó como si su anuncio sobre el Juego fuese una noticia corriente:

—En las estanterías hay cinco libros colocados en lugares que no les corresponden.

Nikolái respiró hondo. «No pienses en el Juego todavía. Céntrate en esta tarea». Además, era muy posible que estuviese equivocado respecto al aire, porque ¿quién había oído alguna vez hablar de que la magia supiera a canela? Y unas papilas gustativas que detectaban la muerte no eran de fiar. La muerte no era un sabor ni un aroma.

—¿Cuáles son los títulos de esos libros?

—No los necesitas. Se trata de concentración, Nikolái, y de trabajar bajo presión. —Alzó la vista hacia el cielo y, pese a que aún estaba oscuro como boca de lobo excepto por las farolas, actuaba como si ya distinguiese los primeros rayos de sol—. Tic, tac. Calculo tres horas, quizá menos, antes de que los ganapanes de la ciudad empiecen a hormiguar por todas partes con sus mandados y alguien te denuncie a la guardia del zar.

El estómago de Nikolái siguió desparramado junto a las suelas de sus botas. Había cientos de miles, quizá millones, de libros en la biblioteca. ¿Y tenía que encontrar cinco que estaban fuera de su sitio? ¿En tres horas? Se dejó caer en la esquina de la calle y se recostó contra una titilante farola.

—No seas patético —soltó Galina—. Ah, y no dejes que nadie te sorprenda encantando nada.

Nikolái asintió levemente. Eso se lo había repetido cada vez que le había dado una clase en un espacio público. Tenía que proteger su identidad. Galina estaba convencida de que el otro mago ignoraba la existencia de Nikolái, pero, por si acaso, tenía que ocultar quién era. Eso le daría la ventaja de la sorpresa cuando comenzara el Juego.

Por supuesto, Galina no se había molestado en revelarle quién era el otro mago ni cómo estaba enterada en primer lugar.

—Yo soy una mentora —había dicho a guisa de aclaración nada esclarecedora, volviendo a invocar su extenso linaje de antepasados cuyo cometido era adiestrar magos—. En cualquier caso, la identidad del otro mago carece de importancia. Sólo te distraerá de concentrarte en lo que *es* importante: convertirte en el mejor mago posible. Es más, estoy segura de que mi enseñanza es muy superior a la que puede ofrecer el otro mentor. Siempre y cuando hagas lo que se te ordene, claro.

Y así era. Galina daría las órdenes y Nikolái las cumpliría.

Entonces se alejó de la biblioteca, por la avenida Nevski, en la misma dirección por la que habían venido.

—Ojalá no impartiera sus clases en plena noche. —Nicolái tomó aire y se crujió los nudillos. El cansancio podía ser abrumador. Lo había hecho multitud de veces. Se sacudió la autocompasión y se levantó de donde estaba acomodado, contra la farola. Se concentró en los muros impenetrables de la Biblioteca Pública Imperial. «Imagina que son transparentes. Imagina que los muros no son más que aire».

Los muros se aferraron a su solidez durante un momento. Centellearon antes de evaporarse ante él y pudo ver a través de ellos.

Al principio, todo pareció demasiado etéreo, demasiado insubstancial, como si hubiese entrado en una dimensión habitada por fantasmas. Pero, poco a poco, las salas empezaron a llenarse: primero, de mesas y sillas; después, de columnas y estanterías y, finalmente, de libros.

Nicolái resolló. Ver los cientos de miles de volúmenes cuando tenía ante sí una tarea imposible de cumplir era mucho más abrumador que cuando curioseaba por las estanterías. «Nunca seré capaz de ordenarlos todos». Aun estando dentro de la biblioteca, tardaría

semanas, tal vez meses, en revisar todos los lomos para asegurarse de que estaban en el orden correcto.

Si fuese más poderoso, habría podido mandar a todos los libros de la biblioteca que saliesen volando de las estanterías a la vez y volvieran a ordenarse correctamente por sí mismos. Pero aquello era la clase de sueño que uno tenía después de haber bebido demasiadas copas de vino seguidas y demasiados vasos de vodka barato.

Se imaginó recorriendo el interior del edificio, desde las populares salas de lectura, llenas de periódicos y revistas, a la sala de documentos singulares, para la que se necesitaba un permiso especial, o lo necesitaban los que no podían ver a través de las paredes y examinaban los fondos en mitad de la noche.

«Si consigo aislar los que se han tocado en las últimas veinticuatro horas —puede que ni siquiera tanto tiempo, ya que lo más seguro es que Galina se haya pasado al terminar la jornada para minimizar el riesgo de que los bibliotecarios arruinen su labor—, podré ordenarles que regresen a sus respectivas baldas».

Juntó las manos ante sí, como en una oración, y se concentró en captar la atención de cada uno de los últimos libros. «Si os cambiaron de sitio ayer, os ordeno que volváis donde estabais. Ahora. Salid al frente, abandonad el estante. —Nikolái contuvo la respiración. Algunos ejemplares temblaron en sus sitios—. Salid al frente —deseó otra vez—, abandonad el estante». Algunos empezaron a moverse un par de centímetros. Arrugó el ceño. «¡Salid al frente, abandonad el estante!».

Y entonces, todos a un tiempo, varios centenares de libros saltaron de los anaqueles y se pararon de golpe, suspendidos en el aire. Nikolái sonrió. «Ahora regresad a vuestro sitio».

No hicieron otra cosa que planear.

Uf. Nikolái torció el gesto. No iba a ser tan sencillo como esperaba porque, por lo visto, su plan no funcionaba si no les especificaba adónde ir. Eran unos pocos cientos de libros. Eso era factible. Cotejaría los números de los lomos con los de los libros adyacentes, volvería a empujar los que correspondían y tiraría de los demás. «A menos que ayer visitara la biblioteca una convención de anarquistas, la mayoría debería estar en su sitio».

Así, empezó la meticulosa catalogación. El primero era un diccionario de ruso; los volúmenes de la estantería de detrás estaban todos etiquetados con la misma signatura. «Tú puedes volver a meterte». El libro obedeció y se introdujo en su lugar. Los diversos libros siguientes estaban del mismo modo en sus correspondientes espacios. Al parecer, se los había extraído de las estanterías para consultarlos, pero los usuarios los habían restituido bien.

Sin embargo, cuarenta y cinco minutos después, no había encontrado un solo libro descolocado. Se frotó la nuca. Quizás esta estrategia no fuera buena. Quizás el hechizo que les había lanzado fuera defectuoso. Pero ya casi eran las cuatro de la madrugada, demasiado cerca del momento en que la ciudad despertaría, y no podía volver a empezar. Tenía que seguir de prisa antes de que lo descubrieran.

El siguiente libro que flotaba fuera del estante era un manual sobre el cultivo del trigo. Lo habían puesto junto a tratados de economía, lo que era evidentemente incorrecto, incluso sin cotejar la signatura de los lomos.

—Por fin —dijo en voz alta, y mandó el manual sobre el trigo con sus congéneres varios pasillos más allá.

Uno menos; faltan cuatro.

Se oyeron un par de voces a la vuelta de la esquina de la calle Sadovaya. Nikolái aspiró profundamente, luego salió disparado por la otra esquina de la biblioteca y se pegó a la pared.

Eran dos pescadores que regresaban tambaleándose a casa —o tal vez a los muelles de la orilla del río Nevá— tras una larga noche en la taberna. Se detuvieron a unos treinta centímetros de donde se encontraba Nikolái, con la respiración y todos los músculos contenidos. Uno de los borrachos se desabrochó los pantalones y se alivió en la farola. El otro rió y también se soltó los pantalones, pero apuntó su torrente hacia los del otro hombre.

—¡Maldito bastardo! —El primer pescador blandió su propio chorro como un titubeante sable líquido hacia el del otro. Comenzó un duelo urinario.

¡Demonios! ¿Es que tenían ocho años?

Los pescadores se retorcían de risa mientras «combatían» con sus hediondas espadas amarillas. Nikolái se pegó más a la pared cuando el objetivo del segundo borracho empeoró y llegó a pocos centímetros de las botas de Nikolái.

Al cabo de un rato, terminaron y se marcharon, tambaleándose a su alegre y libre manera. Hasta que no se alejaron sus inconexas pisadas, Nikolái no se permitió volver a respirar.

Acto seguido, trabajó a un ritmo acelerado y encontró tres libros más en las secciones equivocadas. Sólo quedaba un título extraviado. Pero Nikolái ya no era la única persona en la calle. Se habían hecho las cinco y cuarto, y había empezado a pasar un goteo de gente. La avenida Nevski era, a fin de cuentas, una de las calles más concurridas de la ciudad. Y aquella gente empezaba a lanzar miradas de ex-

trañeza al joven caballero bien vestido que estaba como en trance en la esquina de la avenida Nevski con la calle Sadovaya.

Una florista le observaba desde la acera de enfrente. Saludó con la mano a un hombre que cargaba con varias cajas de manzanas.

«Ahora o nunca», pensó. Sólo quedaban unos treinta libros por revisar. Él no era tan poderoso como para trasladar una biblioteca entera, pero ¿treinta libros? Juntó las manos aún más estrechamente por delante y murmuró casi para sus adentros:

—¡Volved a vuestros sitios correspondientes! ¡Todos!

Dentro de la biblioteca, dos docenas de libros volvieron al instante a sus huecos. Cinco o seis pasaron zumbando por el aire, a punto de colisionar entre sí, y serpearon por el edificio, de vuelta a sus salas correctas, pasillos correctos y estanterías correctas.

Hecho esto, Nikolái dejó caer los brazos a los costados y parpadeó. Lo único que podía hacer ahora era esperar que entre los libros mal archivados que había encontrado estuvieran los que Galina había revuelto.

El hombre de las manzanas depositó las cajas y se encaminó hacia él. Nikolái giró sobre sus talones y apretó el paso calle abajo.

—¡Eh! ¡Señor! —gritó el hombre, nada respetuoso pese a usar la palabra «señor».

Nikolái no se volvió. En vez de eso, dobló la esquina y se metió disparado por un callejón. Echó un vistazo alrededor —izquierda, derecha, arriba, abajo— para asegurarse de que nadie le vigilaba desde una puerta o una ventana. Después se pasó una mano a lo largo del cuerpo, de la cabeza a los pies, y proyectó sobre sí mismo la ilusión de que su atuendo de caballero era en realidad el de un trabajador. La chistera se convirtió en un bombín. La levita, en un traje de franela

basta. La bufanda, en un pañuelo sucio. Y así sucesivamente hasta los cordones deshilachados de sus gastadas botas marrones. Cuando salió del callejón, el hombre de las manzanas corría a su lado.

Nikolái exhaló el aliento por enésima vez desde que Galina lo sacó a rastras en plena noche.

Y ahora, por fin, podía irse a casa a dormir. Es decir, si Galina no le tenía preparada otra sorpresa.

SIGUE LEYENDO

EL JUEGO DE LA
CORONA

EVELYN SKYE



ISBN: 978-84-945277-7-7 | PVP: 16,00 € | A la venta: 27-2-2017

 NOCTURNA
EDICIONES

www.nocturnaediciones.com